

DIARIO DE UNA



GIRL

DESTINO

KATY BIRCHALL

DIARIO DE UNA

IT

GIRL

KATY BIRCHALL

DESTINO

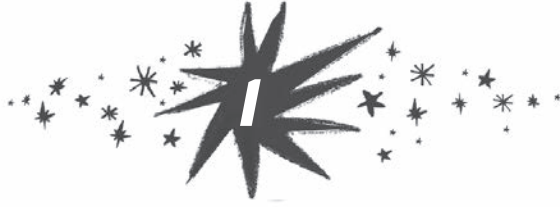
DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2018
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Publicado originalmente en inglés por Egmont UK Limited, The Yellow Building, 1
Nicholas Road, Londres, W11 4AN.
Quedan reservados los derechos morales de la autora.
Todos los derechos reservados.

© del texto, Katy Birchall, 2015
Título original: *The It Girl*
© de la traducción: Patricia Valero Mous, 2018
© Editorial Planeta S. A., 2018
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: febrero de 2018
ISBN: 978-84-08-18197-2
Depósito legal: B. 469-2018
Fotocomposición: Lozano Faisano, S. L.
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 917 021 970 / 932 720 447.



Le he prendido fuego a Josie Graham.

Y, sí, ya sé que no es moco de pavo, pero ha sido un accidente y tampoco ha sido *solo* culpa mía. Todo el mundo cree que lo he hecho a propósito. Y ven a la señorita Ginnwell como a una heroína.

Si queréis que os dé mi opinión, a mí me parece que la señorita Ginnwell ha hecho que pareciese peor de lo que ha sido en realidad. Con un poco de agua se hubiese solucionado todo sin problemas. ¡Si solo fueron las puntas del pelo! Usar un extintor me ha parecido de lo más dramático, la verdad. A ver, la pobre Josie ya estaba teniendo un día bastante malo conmigo habiéndola hecho arder, así que lo único que le ha faltado ha sido verse cubierta de esa cosa espumosa de color blanco que parece algo guay para jugar con ella, pero que seguramente no lo es cuando te cubre de la cabeza a los pies. (Al menos Josie parecía más en *shock* —incluso diría que le picaba un poco y todo— que divertida.)

Yo misma también me he quedado bastante en *shock*. Nunca le había prendido fuego a nadie, así que el incidente ha sido una sorpresa en toda regla. Lo más cerca que había estado de la piromanía fue una vez de pequeña cuando tiré la billetera de papá a la chimenea, a ver qué pasaba. Pero es que ¿a quién se le ocurre dejar la billetera tirada por ahí con una

niña pequeña cerca? A mi padre ya no, eso os lo puedo asegurar. Pero desde entonces tengo la impresión de que me mira raro cada vez que la enciende las noches más frías del año.

Ah, sí, y también está aquella otra vez en la que casi quemé el estudio de papá... Pero ahí queda TODO.

Y ¿sabéis qué? Parte de la culpa la ha tenido la propia Josie Graham. Porque, a ver, a) no tendría que haber tenido la mano tan cerca de un mechero Bunsen, y b) no debería peinarse con tanta laca para ir a clase.

Supongo que estoy un poco celosa porque yo no tengo tiempo, y mucho menos maña, para ponerme laca antes de ir al instituto. Para cuando papá ha conseguido sacarme de la cama, me quedan unos diez minutos, como mucho, para arreglarme.

Además, mi padre nunca me compraría laca. ¡Es tan anticuado! Sobre todo en lo que se refiere a su hija de catorce años. Recuerdo que una vez, en una parafarmacia de esas que tienen de todo, le pedí que me comprase *eyeliner*. Se empezó a partir de la risa y me dijo que lo que necesitábamos era Frenadol Hot Lemon. Me parece de lo MÁS hipócrita por su parte, porque muchas de las mujeres con las que ha salido llevaban MUCHO *eyeliner*. ¿Qué le hubiese parecido a él si al presentármelas yo me hubiese reído en su cara y les hubiese dado una taza con un remedio para el resfriado caliente y con sabor a limón?

Mmm... Ahora que lo pienso, a lo mejor lo podría probar con las que me caigan peor.

Pero a lo que íbamos. La señorita Ginnwell no iba riendo precisamente cuando me ha llevado a la oficina de la señorita Duke, sino murmurando cosas incoherentes por lo bajo sobre aulas en llamas y tendencias pirómanas.

—Lo siento, señorita Ginnwell, pero no la he entendido. ¿Qué ha dicho? —le ha preguntado la señorita Duke al levantarse de su escritorio con cara consternada.

A la señorita Duke le pega mucho su despacho. Ya sé que suena un poco extraño decir algo así, pero es que es verdad, desprenden la misma

onda. Además, es nueva en la escuela. Las dos llegamos aquí el mes de septiembre pasado, aunque digamos que ella, al ser la directora, es un poco más senior que yo y todo eso, claro, mientras que yo he entrado en secundaria. Y, en general, me parece que por el momento ha conseguido causar mucha mejor impresión que yo en lo que llevamos de año, algo que no dice mucho de mí si tenemos en cuenta que se dedica a castigar y a requisar móviles y demás.

Pero aunque solo lleve en ese despacho desde septiembre y yo no tenga ni idea de cómo era el lugar antes de que ella llegase, me parece que le pega mucho. Por ejemplo, lo tiene todo muy ordenado. La señorita Duke es muy formal y viste de forma muy elegante. Se parece más a esas mujeres de negocios que veo en las estaciones de tren que hablan por el móvil con el manos libres y dicen cosas como «Eso no es suficiente, Jeffrey, tendrán que esforzarse más» que a una directora de escuela.

Me gusta lo bien que le quedan los trajes de chaqueta. Creo que si alguna vez acabo trabajando en una oficina llevaré un traje compuesto de pantalón y chaqueta como los que lleva ella. Seguro que así pareceré tan autoritaria como la señorita Duke. Siempre lleva el pelo oscuro perfectamente recogido y el maquillaje impecable. Intimida.

Y mucho más cuando estás delante de ella porque acabas de quemar el pelo de tu compañera de clase.

—Clase de química... Anna... Anna prendió... pelo... ¡Josie Graham en llamas! —gritó, finalmente, la señorita Ginnwell.

La señorita Ginnwell no era ni autoritaria ni intimidaba lo más mínimo. Me recordaba un poco a un loro. Pero no a uno molón de los que llevan los piratas en el hombro, no. A uno muy pesado que echa a revolotear alrededor de tu cabeza emitiendo ruidos desagradables y dándote aletazos a la primera de cambio.

—¿Josie está bien? —preguntó la señorita Duke, alarmada.

La señorita Ginnwell asintió, y esto hizo que sus rizos, entre rubios y pelirrojos, diesen varios brincos sobre su frente sudorosa.

—Está bien, aunque con el pelo algo chamuscado y cubierto de espuma.

—Ya veo —respondió la señorita Duke, y juraría que por un segundo vi cómo se le escapaba una sonrisa. Si fue así, desapareció en el mismo instante en el que me pilló mirándola—. ¿Y nadie más ha sufrido daños durante el accidente?

—No —negó la señorita Ginnwell con la cabeza.

—Bien, en ese caso, toma asiento, Anna, y, Jenny, ¿por qué no se dirige a la sala de profesores, le pide a alguien que la reemplace en su próxima clase y se toma una taza de té?

La señorita Ginnwell asintió y poco a poco empezó a soltarme el brazo. Me miró fijamente como si no supiese si hacía bien en dejarme libre, por si me escapaba y corría hacia mi taquilla para sacar de allí un lanzallamas con el que quemar el edificio hasta los cimientos. Una sospecha totalmente ridícula porque el pasado trimestre escribí un trabajo excelente sobre pingüinos. Y nadie que se esfuerce tanto y muestre tal madurez en un trabajo redactado en secundaria se pasaría las horas libres pensando en formas de destrozar su instituto.

Me senté en la silla de cuero que había frente a la señorita Duke, que volvió a acomodarse en el asiento tras su escritorio. La pesada puerta de madera se cerró con un sonoro clac cuando la señorita Ginnwell escapó, todavía mirándome fijamente. Nos quedamos en silencio mientras la directora ordenaba los papeles que había estado supervisando aquella tarde antes de ser interrumpida.

—Y bien, ¿podrías explicarme lo que ha pasado exactamente?

Respiré hondo y le conté que estábamos en clase de química y que a Josie y a mí nos había tocado hacer un ejercicio juntas, algo con lo que, la verdad, ninguna de las dos estaba demasiado entusiasmada. Bueno, eso último no se lo dije a la señorita Duke, claro.

Asumí que ella misma entendería que no había sido muy inteligente juntarnos a ambas. Josie es una de las chicas más populares de nuestro curso. Es la mejor amiga de la reina del instituto, Sophie Parker, y

siempre están por ahí con los chicos más populares de nuestro curso, como Brendan Dakers y James Tyndale. Josie se pasa el fin de semana de fiesta y viene a clase con la cara maquilladísima y el pelo perfectísimamente en su sitio gracias a las toneladas de laca que se echa.

Yo me paso el fin de semana leyendo cómics, viendo *CSI* con mi padre y explicándole lo aburrida que es mi vida a mi perro labrador, que se llama *Dog* y es la única criatura de este mundo que me escucha. Y eso solo cuando le tiento con una loncha de beicon.

Así que me salté la parte de la historia en la que Josie se había quedado mirando a Brendan con ojos de cervatillo abandonado —con él es con quien le hubiese gustado que la emparejasen para el ejercicio—, y se vino a sentar a mi lado con un suspiro y sin decirme ni «hola». Ni me miró cuando yo le dije: «¿Qué hay, compañera?», en un intento por aliviar las tensiones.

No sé muy bien por qué demonios escogí precisamente saludarla de ese modo.

A ella no le interesaba lo más mínimo realizar el experimento, así que me puse a ello yo sola. A ver, técnicamente, la señorita Ginnwell no nos había explicado la parte relativa al mechero Bunsen todavía porque la gente aún se estaba poniendo la bata y las gafas protectoras. Pero estaban tardando mucho, y Josie, apoyada sobre una mano, no paraba de mirar a Brendan y de reírse de cualquier cosa que este dijese y de agitar su cabello con gran dramatismo.

Supongo que aquí es donde reside mi error. Tendría que haber esperado hasta que nos dijesen que ya podíamos encender los mecheros Bunsen, pero me adelanté y encendí el nuestro.

Aquí hay varios puntos que habría que recordar:

1. No me había dado cuenta de que el mechero estaba colocado en la posición de máxima temperatura.
2. Era imposible para mí saber que, justo cuando yo encendiera el mechero, a Josie se le iba a ocurrir ladear la cabeza en la dirección en que lo hizo.

3. Yo no podía saber que su pelo era altamente inflamable.
4. Tampoco podía calcular que, en vez de quedarse quieta se iba a poner a correr y a gritar, por lo que echarle agua encima iba a resultar muy difícil, y con la mala puntería que tengo iba a acabar empapándome yo.
5. No podía esperar que la señorita Ginnwell usase tanta espuma como para hacer que Josie acabase pareciendo un caniche.
6. También debería tenerse en cuenta que yo nunca me he metido en líos en el colegio antes de este incidente.
7. Menos aquella vez con seis años, cuando Ben Metton se comió mis chuches y lo encerré en el armario del material escolar.
8. Todo este asunto del incendio era, en realidad, muy desafortunado y del todo inintencionado y me sentía fatal porque ahora nadie quería ser amigo mío, igual que en mi antigua escuela.

Después de contarle todo esto a la señorita Duke, me eché a llorar. La directora, que me había estado mirando perpleja, me pasó un pañuelo de papel.

—Bueno, por lo que parece no ha sido más que un accidente —empezó a decir.

—¡Pues claro que ha sido un accidente! —gimoteé yo, interrumpiéndola—. ¡Nunca haría algo así a propósito!

Se oyeron unos toquécitos en la puerta y me volví en la silla para ver la cabeza de la enfermera de la escuela asomarse. La señorita Duke la invitó a pasar y esta entró, con cara de contenta.

—Solo quería hacerle saber, señorita Duke, y a ti, Anna, que Josie está perfectamente. Tiene el pelo un poco chamuscado en las puntas, así que se lo tendrán que cortar, pero, aparte de eso, está como una rosa.

—Seguro que me odia —dije con pesar mirando el pañuelo de papel arrugado que tenía en la mano.

—Seguro que no. Ya se le pasará —dijo la enfermera en su caracte-

rístico tono jovial—. De todas formas lleva el pelo tan largo y enmarañado que no le irá mal cortárselo un poco.

—Esto... Gracias, Tricia —dijo la señorita Duke mirándola con los ojos muy abiertos. La enfermera se encogió de hombros y se marchó—. Bueno, algo es algo —me dijo la directora—. Ha sido un accidente, pero podría haber tenido graves consecuencias. Hemos tenido suerte, Anna. —Asentí con la cabeza, sombría—. Espero que a partir de ahora no llesves a cabo ningún experimento sin la supervisión de un profesor.

—No voy a llevar a cabo ningún experimento. Nunca más.

—Espero que sí lo hagas. La química es una asignatura fascinante e imagino que hoy has aprendido una lección fundamental en cuanto a seguridad se refiere. —Me clavó una mirada severa—. Bien, aunque ya hemos aclarado que no ha sido algo premeditado, me temo que de todos modos voy a tener que castigarte después de las clases durante lo que queda de trimestre para que reflexiones acerca de las medidas de precaución. A partir de mañana. Y como solo quedan diez minutos hasta que acaben las clases por hoy, será mejor que vayas a tu aula, recojas tus cosas y te marches a casa.

—Preferiría no volver allí, la verdad.

—¿No necesitas recoger nada?

—Solo el estuche y los libros. Pero seguro que la gente ya los ha tirado a la basura de todos modos.

—Seguro que eso no es así —dijo la señorita Duke con una leve sonrisa—. Todos saben que ha sido un accidente y que no lo has hecho adrede. Además, no ha pasado nada grave. Mañana ni se acordarán.

Parece mentira lo ilusos que pueden ser a veces los adultos...